

—Anda, tonto,—me dijo sonriendo, y después de un momento de silencio, añadió:

—Yo no soy como tú. Si fuese posible, querría más bien estar sentado á su lado y charlar con ella...

—¡Ah! ¿tú también estás enamorado?—le interrumpí.

—Después,—prosiguió Volodia sonriendo amorosamente,—después le besaría los deditos y los ojos y la boquita y la naricita y los piececitos... la besaría toda...

—¡Qué necesidad!—grité, desde mi cabecera.

—¡Tú no sabes nada!—dijo Volodia con desprecio.

—¡Qué yo no sé nada! ¡tú eres el que no sabe nada y no dices más que bestialidades,—respondí llorando.

—¡No veo el motivo para llorar! ¡Habrás majadero!

CAPITULO XX

La carta

El 16 de Abril, unos seis meses después de la velada que he descrito, vino mi padre á nuestra clase y nos anunció que partiríamos con él aquella misma tarde para el campo. A esta noticia sentí oprimirse mi corazón y pensé al punto en mamá.

La causa de esa imprevista partida era la carta siguiente:

«Petrowskoë, 12 de Abril.

»Son las diez de la noche y acabo de recibir tu estima-

da del 3 del corriente. Como de costumbre, voy á contestarte en seguida. Fedor vino de la ciudad ayer, pero como era ya tarde, no entregó la carta á Mimi hasta esta mañana y Mimi, con el pretexto de que me hallaba indispueta y algo agitada, no ha querido dárme la hasta esta noche.

»Tengo, en efecto, un poco de fiebre, y si he de decirte la verdad, hace cuatro días que no me siento muy bien y que no me levanto de la cama.

»No te asustes, te lo ruego, amigo mío; no estoy tan mala, y si Ivan Vassilich me lo permite, mañana me levantaré.

»El viernes de la semana pasada salí en coche con las niñas y un poco antes de llegar á la carretera, junto al puentecillo que siempre me ha inspirado tanto temor, se atascó el coche. El tiempo era espléndido y se me ocurrió la idea de proseguir el paseo á pie en tanto que lo desatascaban.

»Cuando llegué á la capilla, me hallaba muy fatigada y me senté para reposar, pero como fué precisa más de media hora para llamar gente y poner el coche en buen estado, sentí mucho frío, sobre todo en los pies, porque llevaba zapatos y se me habían mojado enteramente.

»Después de almorzar, tuve escalofríos y un poco de fiebre, pero no quise acostarme y después del té con Liubotsñka (¡si la vieras tan crecida, no la conocerías!) me sentí indispueta y me ví obligada á llamar.

»¡Imaginate mi estupor al advertir que no sabía ya contar el tiempo! Lo probé varias veces, pero sentía una gran confusión en la cabeza y los oídos me zumbaban muchísimo. Contaba uno, dos, tres y después ocho, quince... notaba que me equivocaba, pero era inútil, ¡no podía contar bien! Al fin Mimi acudió en mi auxilio y casi á la fuerza me hizo meter en cama.

»Vé, pues, amigo mío, como por mi culpa me he puesto enferma.

»Al día siguiente tuve una fiebre muy grande y vino nuestro buen Ivan Vassilitch que ya no se ha separado de mí y que me asegura que pronto podré salir. ¡Qué buen hombre! Mientras he tenido calentura y delirio ha pasado la noche, sin dormir, á la cabecera de mi cama, y en este momento ha ido á ver á las pequeñas en la habitación próxima. Desde aquí mismo oigo como les recita fábulas alemanas y les hace desternillarse de risa.

»La hermosa flamenca, como tú la llamas, está aquí hace quince días, porque su madre se marchó, y ella me demuestra mucho afecto. Me confía todos sus secretos y yo creo que con su belleza, su buen corazón y su juventud, podría ser una muchacha muy simpática bajo todos aspectos, si estuviese en buenas manos; pero en la sociedad en que vive, según me dicen, se perderá todo. Pienso que si yo no tuviese ya muchos hijos, haría una obra de caridad adoptándola.

»Liubotshka quería escribirte; pero ha roto ya tres pliegos de papel; se queja de que «el papá se burla mucho y que si cometiese ella alguna falta la harías ver á todo el mundo». Catalina, tan graciosa como siempre; Mimi siempre tan buena y tan fastidiosa.

»Hablemos ahora de cosas serias. Me dices en tu carta que este invierno tus negocios no van bien y que te verás obligado á tomar las rentas de Khabarovka. ¿Por qué me pides el permiso? Me parece muy extraño; lo que es mío, ¿no es tuyo también?

»Eres tan bueno, amigo mío, que no me ocultas el estado de tus negocios por temor á darme un disgusto, pero adivino que has perdido mucho en el juego y te juro que no te conservo rencor alguno. Con tal que puedan arreglarse las cosas, no pienses en ello, te lo suplico, y no te atormentes inútilmente. Estoy acostumbrada á no echar cuentas sobre la fortuna de tus hijos fiándola á tus ganancias (no me lo tomes á mal) ó en tu fortuna particular. Mi

placer cuando sé que ganas, no es mayor que el dolor que siento cuando pierdes.

»Una sola cosa me causa pena; tu infeliz pasión por el juego que me roba una parte de tu corazón y me obliga á decirte duras verdades, como lo hago en este momento. ¡Dios sabe cuan doloroso me es el hacerlo! A Dios no le pido más que una cosa; que nos libre no de la pobreza (¿qué es la pobreza?), sino de aquella situación terrible en que los intereses de los niños que yo me veré obligada á defender, serían opuestos á los nuestros.

Hasta ahora, Dios me ha escuchado porque tú no has traspasado los límites fuera de los cuales nos veríamos obligados ó á sacrificar una fortuna que no es nuestra, sino de nuestros hijos, ó de... Nada más espantoso que pensar en ello; y esta terrible desgracia nos amenaza constantemente. ¡Qué cruz más pesada tenemos que llevar por la voluntad de Dios!

»Me hablas de nuevo en tu carta de los niños y recaes en tu antigua discusión pidiéndome que consienta en ponerlos en un colegio. Tú conoces mi antipatía por los colegios.

»No sé, amigo mío, si escucharás mi súplica, pero te lo ruego en nombre del afecto que me tienes, que ni durante mi vida ni después de mi muerte, si Dios quiere separarnos, hagas una cosa semejante.

»Me escribes que no podrás menos de ir á Petersburgo para nuestros negocios. ¡Que el Señor vaya contigo! Marcha y vuelve lo más pronto que puedas, ¡nos aburrirnos tanto sin tí!

»La primavera es magnífica; ya han quitado la puerta del terrado; la vereda que conduce al naranjal estaba enjuta desde hace cuatro días. Los melocotoneros han florecido; no queda ya más que poca nieve acá ó allá y las golondrinas han vuelto. Liubotshka me ha traído hoy las primeras flores.

»El doctor dice que dentro de tres días estaré curada y

podré salir á tomar el sol y á respirar el aire saludable de la primavera.

»Adios, querido amigo; no te apesadumbres, te lo ruego, por mi enfermedad ni por tus pérdidas. Concluye lo más pronto que puedas tus negocios y vuélvete con los niños para pasar aquí todos juntos el verano próximo. Yo concibo planes magníficos; no me falta más que tenerte á mi lado para ponerlos en ejecución.»

La continuación de la carta estaba en francés con una letra muy desigual, casi indescifrable:

«No creas lo que te he escrito con respecto á mi enfermedad. Nadie sospecha hasta qué punto es grave; yo sola sé que no saldré de ella. No pierdas un minuto, ven y trae á los niños. Quizá pueda abrazarlos y bendecirlos por última vez; es mi único y último deseo. Sé que para tí será este un golpe muy cruel; pero más pronto ó más tarde, por mí ó por los demás, lo habrias recibido infaliblemente. Procuremos soportar con valor esta desgracia, esperando en la misericordia de Dios. Sometámonos á su santa voluntad.

»No creas que lo que escribo sea efecto del delirio de una imaginación enferma: mis ideas son por el contrario clarísimas en este momento y me siento muy tranquila. No vaciles con la esperanza de que son únicamente presentimientos vagos de un alma miedosa; no, lo siento y sé (lo sé porque Dios ha querido revelármelo) que tengo muy pocos días de vida.

»¿Se extinguirá conmigo mi afecto por tí y por mis hijos? No lo creo posible; mi corazón siente demasiado vivamente aun en este momento, para creer que este amor, sin el cual yo no comprendería la vida, pueda morir. Mi alma no podría existir sin mi amor por vosotros, y sé que existirá siempre, ya que este sentimiento no habría podido nacer si hubiese de extinguirse algún día.

»Aun cuando no esté con vosotros, estoy segura de que mi cariño no os abandonará nunca y esta persuasión me da tal consuelo, que espero la muerte en paz y sin temor.

»Sí, estoy muy tranquila, pues Dios sabe bien que siempre he considerado esta vida como un breve tránsito á otra mejor, pero ¿por qué me sofoca el llanto? ¿Por qué privar á los niños de su mamá querida? ¿Por qué asestarle un golpe tan terrible é inesperado? ¿Por qué muero cuando vuestro afecto me hacía tan feliz? ¡Que se cumpla la divina voluntad!

»Las lágrimas me impiden continuar. No te volveré á ver más, quizá. Te doy las gracias, mi dulce amigo, por la felicidad que me has procurado en esta vida: allá arriba pediré á Dios que te lo recompense. Adiós; acuérdate de que aun después de muerta, mi amor será para tí. Adiós, Volodia; adiós, ángel mío, Nicolasito, mi Benjamín adorado! ¿Me olvidaréis acaso?

Con esta carta venía un billete de Mimí, escrito en francés, y así concebido:

«Los tristes presentimientos de que éste ángel le habla á usted han sido desgraciadamente confirmados por el doctor.

»Anoche la señora dió la orden de que llevasen al correo esta carta. Creyendo que deliraba he esperado hasta esta mañana y al fin me he decidido á abrirla. Apenas acababa de hacerlo cuando Natalia Nicolaievna me ha preguntado qué se había hecho de ella y me ha mandado que la queme si aún no se había expedido, pues me asegura que esta carta le matará á V. Venga en seguida si quiere usted ver á este ángel antes de que nos abandone. Dispense usted estos garabatos; hace tres noches que no he dormido. Ya sabe usted cuanto la quiero.»

Natalia Savishna, que había pasado la noche del 11 al 12 de Abril en la habitación de mamá, me contó que después de haber escrito lo primera parte de la carta, mamá la había dejado sobre la mesa de noche y se había quedado dormida.

—Yo misma,—dijo Natalia Savishna,—confieso que me había amodorrado en mi poltrona dejando caer la calceta, pero de pronto, en medio del sueño, la siento hablar alto: podía ser la una de la madrugada. Alzo los ojos, miro y veo á mi tortolilla sentada sobre la cama y que juntaba las manos así... y lloraba á lágrima viva. Decía: «¿Es que todo ha concluído para mí?» y escondía la cara entre las manos.

Yo acudí al momento:—¿Qué tiene usted?—¡Ah, Natalia Savishna, si supieras lo que he visto!

Por más preguntas que le hice no pude averiguarlo. Me dijo tan sólo que le diese el pupitre y escribió algunas líneas más; después me mandó cerrar la carta en su presencia y la hizo llevar en seguida al correo. Desde aquel momento empezó á empeorar.

CAPITULO XXI

Lo que nos esperaba en el campo

El 25 de Abril bajábamos de un coche de viaje ante la escalinata de entrada de Petrowskoë.

Al salir de Moscou, papá parecía muy preocupado. Volodia le preguntó:

—¿Está acaso enferma mamá?

El le miró con tristeza é hizo con la cabeza una señal afirmativa, sin pronunciar una sola palabra. Durante el viaje se serenó, pero al acercarse á casa su rostro tenía una expresión cada vez más triste. Al apearse del coche, preguntó con voz temblorosa á Phoca:

—¿Dónde está Natalia Nicolaievna?

El buen viejo Phoca, que había acudido muy sofocado, nos lanzó una mirada furtiva, bajó los ojos, abrió la puerta del vestíbulo y respondió volviendo la cara:

—Hace seis días que no sale de su habitación.

Milka que, según supe después, no había cesado de gemir, se precipitó desde el instante en que mamá se puso enferma, con grandes muestras de alegría hacia mi padre, le saltó al cuello para acariciarle, lanzando ligeros gritos de alegría y se puso á lamerle las manos. Mi padre le rechazó, y atravesó el gabinete y el saloncillo desde donde se entraba directamente en la habitación de mamá. Cuando más se acercaba á esta estancia se manifestaba mayor su inquietud que se revelaba en todos sus movimientos. Al entrar en el gabinete, se puso de puntillas y contuvo la respiración, haciendo la señal de la cruz antes de poner la mano en el picaporte de la puerta. En aquel momento apareció Mimi por el corredor, despeinada y con los ojos enrojecidos.

—¡Ah, Pedro Alexandrovitch!—dijo á media voz con expresión de un sincero dolor. Al ver que papá quería levantar el picaporte, le dijo en voz baja:—¡No se pasa por aquí!... ¡por la otra puerta!

¡Ah! ¡qué impresión tan angustiosa produjo esta escena en mi corazón de niño! ¡Mi corazón que ya estaba preparado á una desgracia por terribles presentimientos!

Dimos la vuelta por los aposentos de la servidumbre. En un corredor encontramos á Akime, el idiota, que tan-

to nos divertía con sus muecas en otro tiempo. En aquel momento no sólo no me pareció chistoso, sino que el aspecto de su rostro estúpido é indiferente me produjo vivo dolor.

En la habitación de la servidumbre dos muchachas que trabajaban no sé en qué, se levantaron para saludarnos con un aire tan triste que me quedé desconcertado del todo.

Atravesamos después la habitación de Mimi; papá abrió la puerta de la alcoba y entramos. A la derecha había dos ventanas cuyas colgaduras aparecían corridas. Natalia Savishna estaba sentada junto á una de ellas haciendo calce-ta, con sus eternos anteojos sobre la nariz. Al vernos no corrió á abrazarnos como de ordinario; se limitó á levantarse, nos miró á través de sus anteojos, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Sentí un vivo dolor al notar que todos se echaban á llorar al vernos, siendo así que antes estaban serenos.

A la izquierda de la puerta había muchos biombos uno tras otro; detrás de ellos se hallaba la cama, la mesa de noche, una mesita cubierta de frascos con medicinas y una gran poltrona en que dormitaba el doctor. Junto al lecho una joven muy rubia y de una belleza notable, vestida de bata blanca con las mangas un poco recogidas colocaba pedazos de hielo sobre la cabeza de mamá á quien yo no podía distinguir claramente.

Aquella joven era «la hermosa flamenca,» de quien mamá hablaba en su carta y que representó después un papel tan importante en nuestra familia. Cuando entramos se apresuró á levantar una mano de la cabeza de mamá para arreglarse las arrugas que sobre el pecho le hacía la bata y murmuró: «¡Ahora no está en sí!»

Mi dolor era indecible, pero involuntariamente noté todos los incidentes, aún los más mínimos. En la alcoba reinaba la obscuridad y se sentía un gran calor y una

mezcla de toda clase de olores, de menta, de agua de colonia, de manzanilla y de las gotas de Hoffmann.

Este olor me afectó de un modo tal, que no sólo al percibirlo de nuevo sino sólo el pensar en él mi imaginación me transporta inmediatamente á aquella habitación obscura y sofocante y me representa los menores detalles de aquel terrible instante.

Mamá tenía los ojos abiertos, pero no veía... ¡Oh! ¡no olvidaré nunca aquella mirada espantosa que expresaba tanto sufrimiento!

Nos sacaron de allí.

Cuando más tarde interrogué á Natalia Savishna sobre los últimos momentos de mamá, mi querida tortolilla me contó lo siguiente:

«Después que os sacaron de allí, se agitó todavía por algún tiempo, como si algo la sofocase; después dejó caer la cabeza sobre la almohada y se quedó dormida tan tranquila y tan sonriente que parecía un ángel de Dios. Salí por un minuto para avisar que no trajesen el medicamento que había de tomar... vuelvo á entrar y ¿qué es lo que veo? Agitaba los brazos, como si buscara algo y hacía señas á vuestro padre. Este se acercó inclinándose sobre ella, porque veía que no tenía fuerza ni aún para hablar; al fin pudo articular entre gemidos: «¡Dios mío! ¡Señor! ¡los niños! ¡los niños!» Corrí para buscaros, pero Ivan Vassilitch me detuvo, diciendo que era mejor que no los viese porque se afectaría demasiado. Después no hacía más que levantar la mano y dejarla caer. ¡Dios solo sabe lo que significaba aquel ademán! Yo creo que quería bendecirnos aunque no estábamos presentes. ¡Dios no ha permitido que volviese á ver á sus hijitos antes de morir! Poco después, mi tortolilla se levantó un poco, juntó sus manos... así... y de pronto dijo con voz en la que no puedo pensar sin conmovirme: «¡Madre de Dios, no los abandonés!...» Este esfuerzo le hizo daño y se comprendía por sus ojos, que la pobrecilla padecía terriblemente. Volvió á

caer pesadamente sobre la almohada, mordiendo las sábanas y le corrían las lágrimas... así... pobre ángel mío.

—¿Y después? pregunté.

Natalia Savishna no pudo proseguir; se volvió á otro lado y empezó á llorar á lágrima viva.

Mamá murió en medio de crueles padecimientos.

CAPITULO XXII

El dolor.

Al día siguiente, ya casi de noche, quise verla por última vez. Venciendo una impresión de miedo involuntario, abrí muy despacio la puerta de la sala y entré de puntillas.

En medio de la estancia, sobre una mesa, estaba el fénix, y en torno suyo en altos candeleros de plata ardían sendos cirios. En un rincón de la sala un chantre leía los salmos en voz baja y monótona.

Me detuve en la entrada, pero mis ojos estaban tan turbados á fuerza de llorar y mis nervios tan trastornados, que no discernía nada. Todo se confundía de un modo extraño; los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candelabros, el almohadón de color de rosa, guarnecido de encaje, la faja que cubría la frente y en medio de todos aquellos ornamentos algo transparente, de color de cera. Me subí á una silla para ver su rostro; pero en vez

de la cara encontré aquella cosa de un blanco amarillento y translúcido.

No podía creer que aquella fuera su cara; me puse á mirarla atentamente, y poco á poco, fui recordando aquellas facciones tan bellas y tan familiares para mí.

Me estremecí de terror cuando quedé convencido de que era *ella*. ¿Por qué estaban tan hundidos sus cerrados ojos? ¿Por qué aquella terrible palidez y aquellas manchas lívidas en las mejillas? ¿Por qué era tan fría y tan severa la expresión del rostro? ¿Por qué estaban tan blancos los labios y cerrada la boca? ¿Por qué aquella expresión de una paz superior, que sólo existe fuera de este mundo? Al recordarla siento un escalofrío helado que recorre mi cuerpo y se erizan mis cabellos.

Miraba y sentía que una fuerza secreta é irresistible atrala mis ojos hacia aquel rostro sin vida. No podía separarlos y aunque la miraba fijamente, mi imaginación me representaba cuadros llenos de vida y de felicidad. Olvidé que el cuerpo muerto extendido ante mis ojos y que contemplaba neciamente como si no hubiese habido nada de común entre nosotros, era *ella*. Me la figuraba ahora en una actitud, ahora en otra, viva, alegre, sonriente; después me sentí de repente como atraído por las facciones de aquel pálido rostro en el que mis ojos estaban fijos; me acordé de la triste realidad, me estremecí, pero seguí mirando.

Las visiones del pasado se sustituían de nuevo al presente ó el sentimiento de la realidad rechazaba de nuevo esas visiones, y así alternativamente. Al fin mi imaginación cansada cesó de engañarme: realidad y visiones se ofuscaron y no tuve ya conciencia de nada.

No sé cuánto tiempo permanecí así, como si me sintiera incapaz de analizar el estado de mi alma; recuerdo únicamente que había perdido el sentimiento de mi existencia y que experimentaba una especie de alegría sublime y triste y al mismo tiempo una dulzura indefinible.

Quizá desde el mundo mejor á que había volado, su alma bella contemplaba con tristeza el mundo en que nos dejara; quizá veía mi dolor, se apiadaba de mí, y con divina sonrisa de compasión, descendía á la tierra en alas del amor para consolarme y bendecirme.

La puerta rechinó sobre sus goznes y avanzó un cantor para relevar al otro. Aquel ruido me hizo volver en mí, y el primer pensamiento fué que el cantor al verme en pie sobre la silla con los ojos enjutos, y en una postura que no tenía nada de dolorosa, hubiera podido juzgarme un niño insensible que había subido á la silla sólo por curiosidad: me santigué, me incliné y lloré.

Cuando pienso en lo que experimenté entonces me convido de que el solo momento de verdadero dolor para mí fué aquel momento de inconsciencia anterior al llanto. También después del funeral no hice más que llorar y estar triste, pero recuerdo con vergüenza aquella tristeza, porque estuvo siempre unida á un sentimiento personal: ora fuese deseo de mostrarme más dolorido que los otros; ora la precaución que se toma para prevenir el juicio que tememos; ora una curiosidad insulsa que me obligaba á fijar la mirada en el gorro de Mimi ó en el rostro de los presentes.

Sentía cierto desprecio hacia mí mismo al no sentirme todo absorbido en el dolor, y me esforzaba en disimular los demás sentimientos que me asaltaban: de todo esto resultaba que mi dolor carecía de naturalidad y de sinceridad. Experimenté entonces cierto placer al pensar que era un niño desgraciado; me esforzaba en despertar la conciencia de esta infelicidad mía, y este sentimiento egoísta contribuía más que los otros á sofocar en mí el verdadero dolor.

Dormí aquella noche con sueño profundo y tranquilo, como acontece después de un gran dolor, y me desperté con los nervios tranquilos y los ojos secos. A las diez nos llamaron para el servicio religioso que se celebraba antes

de sepultar el cadáver. La sala estaba llena de criados que muy llorosos venían á despedirse de su ama. Durante el oficio divino, lloré convenientemente, me persigné y me prosterné hasta el suelo; pero mi rezo no partía del corazón y me sentía indiferente.

Estaba demasiado ocupado con mi traje nuevo que me hacía daño en los sobacos y me cuidaba demasiado de no ensuciarme los pantalones, sin dejar de examinar á todos con el rabo del ojo. Mi padre estaba en pie á la cabecera del féretro, más blanco que un sudario, y contenía las lágrimas á duras penas. Con su alta estatura, su vestido negro y su rostro pálido y expresivo, conservaba sus modales graciosos y correctos como de costumbre. Cuando hizo la señal de la cruz se inclinó hasta tocar la tierra con el dedo, y cuando tomó el cirio de manos del sacerdote y se acercó al ataúd lo hizo de modo que produjo un grande efecto, pero no sé por qué me disgustó el que en momentos semejantes pudiese conservar bastante poder sobre sí mismo para producir tanto efecto.

Mimi, apoyada en la pared, parecía sostenerse en pie á duras penas; su vestido estaba todo arrugado y su sombrero al través; sus ojos estaban enrojecidos é hinchados; temblaba su cabeza y se ocultaba la cara con las manos y con el pañuelo y sollozaba de un modo terrible. Se me antojó que aquellos sollozos no eran sinceros, y que se escondía el rostro para poder de vez en cuando descansar sin ser notada.

Recordé que el día antes, Mimi había dicho á mi padre que la muerte de mamá era para ella un golpe insupportable, que con ella lo perdía todo y que aquel ángel, (así llamaba á mamá) no la había olvidado en la hora de su muerte, manifestando el deseo de asegurar su suerte y la de Catalina. Al decir esto; derramaba lágrimas que aquella vez me parecieron sinceras, pero que seguramente eran interesadas.

Liubotshka, con su trajecito negro guarnecido de cres-

pón, con el rostro inundado en lágrimas y la cabeza baja, lanzaba de vez en cuando una mirada al féretro expresando en su fisonomía un miedo infantil. Catalina, al lado de su madre, estaba tan fresca y tan sonrosada como siempre.

El carácter franco de Volodia se revelaba hasta en su dolor; absorto en sus pensamientos, miraba fijamente un objeto cualquiera, y ora torcía la boca y se apresuraba á persignarse, ora se inclinaba hasta el suelo. Todas las personas extrañas que asistían al funeral me eran insoportables y los cumplimientos de duelo que dirigían á mi padre «que estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para este mundo,» etc., etc., me producían gran irritación.

—¿Qué derecho tienen,—pensaba yo,—para hablar de ella y para llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si tuviésemos necesidad de ellos para saber que los niños que no tienen mamá son huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, del mismo modo que todo el mundo se apresura á llamar el primero «señora» á una recién casada.

En el rincón más apartado de la sala, medio escondida tras una puerta abierta, se encontraba una viejecita de cabellos grises y de espalda encorvada. Con las manos juntas y los ojos levantados al cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios, pidiéndole que la llevase al lado de aquella á quien había amado sobre todas las cosas y esperaba firmemente que Dios escuchara su ruego.

—Esta sí que la quería de veras,—pensé, y me avergoncé de mí mismo.

El servicio religioso había terminado. El rostro de la muerta estaba descubierto y todos los presentes, á excepción de la familia, se acercaron uno á uno para besarla.

Avanzó casi la última, una mujer que tenía en los brazos una graciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe por qué la había llevado allí! Se me había caído sin sentirlo, mi pañuelo mojado por las lágrimas y me bajaba para re-

cogerlo, cuando oí un grito agudo, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que aun cuando viva mil años, no podré olvidarlo nunca y aún ahora cuando lo recuerdo me estremezco.

Levanté la cabeza; la campesina había subido sobre el escabel que estaba junto al féretro y se esforzaba en contener á la pequeña que luchaba por echarse atrás con expresión de terror mirando el cadáver, dilatados los ojos y lanzando aullidos terribles. Proferí un grito más espantoso aun que los suyos, y salí corriendo de la sala.

Sólo en aquel momento comprendí de donde procedía aquel olor característico, unido al olor del incienso que llenaba la sala; la idea de que aquel rostro, algunos días antes tan agradable, tan bello, aquel rostro de la persona á quien más amé en el mundo, pudiese inspirar tal espanto, me reveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

CAPITULO XXII

Ultimos recuerdos tristes

Mamá no existía ya y nuestra vida continuaba su curso ordinario. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en los mismos aposentos. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo se hacía á las mismas horas y del mismo modo. Los muebles, las sillas todas estaban en su puesto ordinario, nada había cambiado en casa ni en nuestra existencia; ¡sólo *ella* no estaba allí!...